

Irradiaba la misma claridad diáfana de Abril.

Bajo la caricia de los rayos crepusculares adormiase el pueblo con sus callejas retorcidas, su pequeño mercado, su derruida iglesia, en cuyos muros estampara el tiempo un beso de sombra. Al pasar por la botica no vió al buen viejo de barbas grises enfundado en su chaquetón de dril, trajinando entre pomos y balanzas; tras del mostrador estaba inclinada de codos una moza bien madura, quizás demasiado madura ya... A un lado veíase la nueva farmacia, pintada de blanco, luciendo los primores de su escaparate, dentro del cual irisábase el agua de color encerrada en grandes globos de cristal. No bien enfiló la solitaria calle de Frontera, hubo de columbrar allá, en último término, la fuente centenaria; sobre el brocal echábanse de bruces las campesinas, sacando á poco, rebosantes, los botes de hoja de lata. Guirnaldas de hierba rebasaban el límite de los muros, meciéndose al impulso del aire. Entre las ramas ofase parloteo de pájaros. La enorme puerta enrejada del caserón, semejante á convento, abrióse, y una anciana, con trazas de beata, envuelta en negro chal, cruzó el marco de desportillada cantera, y se alejó, calle arriba, perdiéndose á lo lejos... Un perro pasó trotando por mitad del arroyo. Después, silencio completo. Rumor de abejas uníase al blando de las hojas. Y todo aquello, casas, calle, hierba, respiraba una santa y bienhechora paz, en la transparencia infinita del aire, bajo el cielo intensamente azul.

Mauricio Villaescusa, parado desde momentos antes en uno de los recodos de la calleja, miró el reloj, in-

quieto. Eran las cinco y diez. Moni le había prometido que la entrevista verificábase aquella tarde. Pero pasaban diez largos minutos de la hora que señalase, y la puertecilla de la verja, que aparecía enfrente cubierta de hiedra y de rosas, continuaba cerrada, cual si nadie habitase dentro. Mas el poeta no se impacientó. Su genio, asaz violento antaño, habíase hecho resignado y tranquilo. Reclinóse nuevamente en la pared; miró el cielo sin nubes; entretúvose en examinar después, con insistente curiosidad, las casucas que en torno había, como queriendo descubrir el rastro de las cosas de antaño, las piedras, los árboles, las rejas, cual si cada uno de ellos pudiera despertar en su mente la sonrisa de un recuerdo, una palabra escuchada en otro tiempo, un beso dado en la sombra... ¡Y los recuerdos venían, sí, en tropel! ¡Y su corazón se ensanchaba, como si le inyectasen sangre nueva, la sangre que le hiciera vibrar en la mocedad! ¡Y en el cerebro, del que poco á poco iban disipándose las brumas, revivían todas las ilusiones pasadas, todos los ensueños, todos los arrullos de amor! Sólo que eran éstos más vagos, como desvanecidos... ¡Habían pasado tantos años!

Apenas reparó en Moni, la criadita grácil de otro tiempo, ahora deformada por la maternidad, que con su chiquillo en brazos corría hacia él, avanzando hasta la mitad de la calle, desde donde le gritó:

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Oh, Moni!... ¡Qué buena eres!—dijo aproximándose—. Gracias... ¿Me espera?

—Sí, en el jardín... Pero le recomienda á usted que no vaya á hacer ruido. La niña Nela está en la sala y no quiere que oiga...

* * *

Atravesaron ambos el arroyo. El poeta marchaba pensativo. Moni abrió la puerta, invitándole á entrar. Mauricio, vacilante, parecía sufrir un deslumbramiento. Ahí estaba el jardín, el mismo jardín de antaño. Al amor de los árboles florecían las plantas: las violetas, las mal-

vas, los alelíes, los miosotis... Por la pared negruzca de al lado trepaba la hierba, cubriendo de verde el gris obscuro de los adobes. En medio, la fuente dejaba oír el murmullo leve de un chorro cristalino. En los rincones florecían los rosales, con una fantástica, con una espléndida floración, echando sobre el esmeralda de las hojas un manto de rosas, un mar de rosas. Miró el corredor de arriba, ocupado hoy, de seguro, por nuevos inquilinos; miró la escalera... Y tambaleándose, experimentando una enorme flojedad en las piernas, dió algunos pasos por la arenosa calleja... Nita, junto á la fuente, sonreía.

El murmuró, mitad tímido, mitad jubiloso:

—¡Nita!...

—¡Mauricio!... ¡Oh, Mauricio!...—repuso ella estrechando fuertemente su diestra, que por algunos instantes retuvo.

Y no hablaron más. Villaescusa, con el sombrero entre las manos, levantaba los ojos hacia la antigua amante, ó bien permanecía con el rostro inclinado, mirando al suelo. Luego de echar una ojeada en torno, á tiempo que su faz, un tanto enflaquecida, que afinaba aun más la delgada barba rubia, iluminábase, dijo:

—¡Estoy asombrado!... Nada cambió aquí en tanto tiempo... Ni tú tampoco... Eres la misma, la misma que yo conocí...

Ella movió la cabecita graciosa con aire de incredulidad:

—Mira que te equivocas. El espejo es un gran decidor de verdades. El me ha dicho todos los días que no soy la misma. ¡No; no podía ser! Piensa que tengo treinta años...

—¡Oh, no, Nita! ¡Te veo tan fresca, tan fresca!...

La moza rió, confusa. Volvieron á quedar en silencio, cual si vacilaran, temiendo despertar el pasado, el pasado que se encerraba entre las paredes de aquel jardín; el pasado, al cual parecía cantar aún el agua de la fuente; el pasado, que revivía en los árboles, en las flores, en la hiedra, y evocaba la melancólica tarde de Abril. Moni, que se detuviera en segundo término, marchóse sin decir palabra, pero con un gesto tan pícaro,

que dijérase afirmaba que los señoritos se entenderían, como ella se había entendido tantas veces con su hombre, antes de entrar en la viudez, en la triste viudez en que tornase nuevamente á la casa de donde partió, con su huerfanillo en brazos.

—Nita, he titubeado mucho antes de venir aquí. Temía que mi presencia te fuera ingrata...

Visiblemente emocionada al escuchar tales palabras, hijas quizás de la indiferencia con que recibía al amante, ella respondió:

—No, Mauricio. Grata y muy grata que es. Si no tuviese otros motivos para perdonarte, me bastaría el de saber que eres infortunado...

—Mi pobre niño, ¿verdad?... Era lo único, lo único que me quedaba ya... Se fué... Julio me dijo que tomabas grande interés durante su enfermedad; he visto tus flores: luego, cuando hablé á Moni, me informó que no pondrías obstáculo en recibirme...

—¿Y por qué había de ponerle? No conservo un mal recuerdo tuyo, créeme. A ti debo los días más hermosos de mi vida, y justo es agradeceréteos...

—Sí, muy hermosos—afirmó el poeta casi en voz baja—. ¿Te acuerdas?...

Sentáronse al borde de la fuente, abstraídos, absortos en la evocación. Cuchicheaba el agua, con amable cuchicheo de amor. Y los rosales parecían amar también, entrelazándose en íntimo contacto, besando las rosas á las rosas, uniéndose los tallos á los tallos, á la sombra de los naranjos, que exhalaban un nupcial aroma de azahar. Y la trepadora hiedra amaba, como los rosales, sólo que con loco y apasionado amor, agarrada al muro viejísimo, como si éste fuese el amante ó guardara entre sus grietas el eco de lejanas letanías eróticas, de ósculos inacabables, de caricias empapadas de misterio, del misterio de los jardines sombríos, en noches de luna... Entretanto, el sol descendía al ocaso, con intensos resplandores.

La transformación que en el ánimo de Villaescusa venía efectuándose, gracias á aquel ambiente, fué entonces completa. Había olvidado ya los años pasados,

la esposa hostil, el pequeño muerto, su casa, su vida, todo, para sólo acordarse del presente, del presente que se unía al remoto idilio; del presente cuyo inmediato pasado era nada más que un paréntesis, un paréntesis brumoso de pesadilla, que poco á poco iba borrándose de su memoria, como se borran, á la mañana siguiente de sol y de amor, los malos sueños. La tenía allí, á su lado, junto á él, como en otro tiempo. En sus ojos había brillo de regocijo; sonreía su boca. ¿Por qué, pues, no decirle: «Amémos Nita, vivamos; soy el mismo trovador de antaño que vuelve á tí, después de una noche infausta»? ¿Por qué no cogerla entre sus brazos, acallando sus protestas con caricias, y llevarla al estudio, que estaba tan cerca, á la alcoba donde tanto se amaran, á la alcoba dulcemente iluminada por la luz azul, de un azul de cielo estrellado?

Y fué maquinal el movimiento que hizo. Cayó de rodillas á sus pies, envolviéndola en el inmenso halago de sus brazos ansiosos.

—¡Nita! ¡Nita! Tú sabes á lo que he venido. He venido en busca de amor, á pedirte un poco de cariño. Te amo: eres la única mujer que quise, que quiero todavía. Eres buena, y tendrás compasión de mí. ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Palideció el rostro de ella. Escuchaba aquella voz llena de amargura, temblorosa, suplicante; sentía deseos de huir y de quedarse; atraíala la tentación del pasado, y por otra parte, su buen sentido de mujer-víctima decíala que debería arrancarse de aquellos brazos que la enlazaban con la energía de los del naufrago al cogerse á los despojos de la embarcación perdida.

—No, no; no puedes irte así, no te dejaré ir. Oyeme, oyeme, y te juro que si después de oírme no tienes piedad, me marcharé para no verte más, para no verte nunca...

—Habla... Pero en voz baja, para que no nos escuchan, y aquí, sentado junto á mí, ¡pobre amigo!

Y en voz baja habló suavemente; su dolorosa historia de casado, al brotar de los labios, fundíase en el murmurio lento del agua. Y lo dijo todo, todo, cuidán-

dose de que nada le quedara dentro; escudriñando hasta el más escondido repliegue del ánimo, para arrancar de ahí el dolor y verterle, gota á gota, con lentitud torturadora. Era un infame. Habíala abandonado por ambición, por amor, ¡por tantas cosas que ahora escapaban á su flojo análisis de fracasado! Mas en pago de tal abandono, ¡cuántas miserias sufridas, qué lobrega soledad, no sólo en derredor, sino en lo íntimo de su alma, desgarrada ahora á jirones! Al principio, resignóse á todo, al derrumbamiento del hogar, al hielo que congelara su amor hacia la nueva familia, á la lucha brutal de la existencia: tenía un hijo, y la afección entera de que su temperamento era susceptible, concentróse en aquel chiquillo anémico, en aquella adorable cabecita rubia que en su pecho se reclinara á vida de ternuras. Muerto Luisín, ¿qué le restaba por hacer en el mundo? Viéndole inerte, para siempre inmóvil, pensó en la inutilidad de su vida, y quiso también morir. Pero el recuerdo de la musa, de sus amores pasados; el retorno de su primera ilusión, hízole concebir una postrera esperanza... Y ahí estaba, implorando, suplicante.

—Vuelve á mí, Nita. Yo te adoraré, como jamás te he adorado... Figúrate que nada pasó entre nosotros; que el ayer no existe. Y sobre todo, sé compasiva, sé piadosa... Quiero vivir, y eso sólo podría conseguirlo merced á ti...

Calló, mirándola impaciente, como si de los labios de la moza fuera á salir su sentencia. Cuchicheaba el agua en el tazón, y en el ocaso, sobre el cual se extendieran poco antes gasas de púrpura, lucían los últimos chisporroteos del sol.

Nita estaba seria. Consideróle un instante, y habló después. Sus palabras eran bondadosas y tristes.

—¡Oh! Mauricio; tú sí que eres el mismo: apenas se comprende que hayan pasado tantos años... ¿Amarnos de nuevo? Pero ¿estás loco?... Mirame, y mirate. No encontrarás en mí á la muchacha de aquellos tiempos, no. Ha desaparecido la que te quiso tanto, la descocada que sólo pensó en amar, y para la cual la vida eras tú, y tú el porvenir. No la busques; es inútil. No está ya

aquí. Moralmente, murió. Dicen que las grandes crisis nos transforman, y es verdad: vuelvo los ojos al pasado, y no me canso de recordar los días en que fuimos el uno para el otro; después, me horrorizo ante los que siguieron, días terribles en que luché entre la vida y la muerte. Yo sentía que algo se venía abajo en torno: era un desmoronamiento, un derrumbe. Entonces supe que cuanto había tenido por cierto, era una mentira; que el mundo en que viví, no era el verdadero; que lo que me figuré realidad, sólo fué fantasía... Me hubiera muerto, á no ser por esta familia que me recogió...

Detívose un momento, contemplando el vuelo de una bandada de pájaros que pasaba, y al cabo continuó:

—Ahora... ahora... vivo—¿á qué negártelo?—tranquila. Muerto don Alejo, casada Lupe, reclusa Jacobina en la botica que nos da el pan, yo cuido de Nela. Al lado de la pobre niña recobré la paz perdida; vi la vida tal como es, y te olvidé...

—¡Me olvidaste!

—Sí. De aquel amor, no quedó más que la añoranza, el recuerdo, triste y grato al propio tiempo... Y ahora, cuando han transcurrido tantos años, cuando todo desapareció, ¿quieres que volvamos á los otros días?

—Por compasión á mí...

—No sabes, Mauricio, lo que he sufrido. ¡Oh, aquel abandono!... Si hoy me asegurasen que serías el mismo, tan sólo por el temor de volver á perderte, no te podría amar... Además, piensa que eres un hombre casado, que tienes familia, deberes, obligaciones—añadió cogiéndole las manos—. Vuelve á ella, á tu casa; procura reconstruir el hogar, hacerte querer de tu esposa, y si no lo consigues, resignate, como yo me he resignado...

Como calmara en ese instante la brisa, sus palabras resonaron puras, límpidas, apacibles, en el jardín. Villaescusa, al escucharlas, experimentó un dolor punzante. Una nueva ilusión se desvanecía; la musa no era ya la emancipada de los deberes sociales; surgía en ella la mujer metódica, respetuosa hacia el ambiente que la rodea. Y expresión de tal dolor fué su pregunta angustiada:

—¿Es posible, Nita, que me rechaces así, tú, la que en otro tiempo anteponía la pasión á todo lo humano?

—Todo lo sacrifiqué á mi amor—respondió lentamente, mirándole—. De aquel corazón que tú conociste, nada resta ya...

El poeta reclinó el rostro, y lloró. Fué una furtiva lágrima que corriera por la enflaquecida faz, para ir á esconderse en la barba rubia, que temblaba. Eran los últimos momentos del tramonto. El azul del cielo ensombrecíase poco á poco y llenaba el jardín una claridad indecisa.

Nita, apiadada, se acercó más á él, murmurando:

—Pero no te enojés conmigo. No me guardes rencor. Bien sabes que yo no lo he tenido para tí... ¿Me lo prometes?

Iba á replicar, mas no tuvo valor para ello, al fijar sus ojos enrojecidos en los de Nita, llenos de bondad, pero en los cuales desapareciera todo rastro de amor.

Melodiosa voz rasgó entonces el silencio rumoroso de las hojas. Era la misma canción melancólica de antaño, que suspiraba:

*Quando cadran le foglie e tu verrai
a cercar la mia croce in campo santo...*

Nita dijo:

—Es Nela que canta...

El interrogó, todavía animado por una leve esperanza:

—¿Te acuerdas?

Sonrió la moza sin responder. En tanto, la vocecita seguía entonando verso tras verso, hasta que el último se perdió, lánguido, en la postrera palpitación de la tarde.

Mauricio Villaescusa levantóse. Su rostro había adquirido nuevamente la misma expresión de fatiga sombría de al principio; habíanse encorvado sus espaldas. Su mano trémula se tendió hacia Nita.

—¿Ha muerto, pues, el pasado?...

Ella respondió con tembloroso acento:

—Sí...

—Entonces, adiós.

—Adiós... amigo mío...

El poeta, lentamente, atravesó la calleja enarenada. Suspiraba la fuente en aquel instante quién sabe qué dolorosas quejas. Murmuraban las hojas. En el apacible ambiente resonaron claras, distintas, las campanas de la oración.

Nita le vió ir, inmóvil, junto al brocal. Cuando desapareció, cuando su silueta dejó de verse tras de las enredaderas de la verja, un sollozo desgarró su pecho, contrayendo su rostro, hasta entonces mantenido en horrible tensión de indiferencia.

¡No había desaparecido el amor, no! ¡Aun estaba ahí, clavado como garra, hondo, muy hondo, en su alma torturada! Y en un arranque de suprema angustia, corrió en dirección de la puerta que Mauricio dejase entornada. Mas no bien alcanzó el umbral, un llamamiento dulce, con la dulzura de la súplica, resonó en el jardín ya envuelto en sombras:

—¡Nita!... ¡Nita!...

Ella se detuvo, vacilante, sintiendo que la flaqueaban las piernas. Llamábala también la calle, en la que aun se oían pasos lejanos, con un supremo llamamiento de amor. Pero fuerza incontrastable hubo de retenerla, y ahogando un gemido, respondió, volviéndose:

—¡Nela!... ¡Allá voy!

Era su último sacrificio.

FIN

